

# Comentarios al libro *Libertades individuales y acción colectiva,* de Freddy Cante

FABIO E. VELÁSQUEZ C.\*

El libro de Cante se ubica de manera inteligente y novedosa en el cruce de tres disciplinas que hoy parecen compartir cada vez más sus ámbitos de reflexión: la economía, la filosofía política y la sociología. Ésa es una de sus mayores virtudes y, a la vez, uno de los retos más desafiantes para el lector. Por eso su lectura no es fácil, especialmente para aquellos que fuimos formados en una de esas disciplinas, pues el libro no puede ser comprendido exclusivamente desde ninguna de ellas, sino a partir de un abordaje complejo desde el punto de vista conceptual y epistemológico.

James Coleman, en su reflexión fundante sobre el concepto de capital social, plantea un interesante contraste entre la economía y la sociología, que resulta pertinente como abre bocas para este comentario. Señalaba, en efecto, que mientras la economía mira al actor como un ente autónomo, dotado de intencionalidad y racionalidad, centrado en sí mismo, la sociología lo observa como un individuo socializado cuya acción está gobernada por normas, reglas y obligaciones. Ambas miradas, tomadas unilateralmente, eran limitadas: en la sociología, el actor no parece tener un motor propio para actuar,

---

\* Sociólogo. Director de la Unidad Ejecutora de Programas de la Fundación Foro Nacional por Colombia. Docente invitado de la Universidad Nacional de Colombia.

al ser moldeado por su entorno sociocultural; en la economía, se hace abstracción de la realidad empírica y se elude el hecho de que la acción individual está determinada por su contexto socio-cultural.

El libro de Cante, nacido de preocupaciones muy cercanas a la economía y la filosofía política, aborda la cuestión de las libertades individuales y la acción colectiva desde un postulado que destaca el importante rol de la colectividad en la construcción de la libertad individual, estableciendo así un interesante puente —el que sugiere Coleman— entre economía y sociología. Allí radica —no sobra repetirlo— una de las más notorias contribuciones del texto.

### **Libertad individual y orden social**

La relación compleja entre estos dos conceptos —central en el libro de Cante— fue una de las preguntas centrales que inspiró el nacimiento de la sociología como disciplina autónoma en la segunda mitad del siglo XIX. Fue la pregunta central en la obra de Emile Durkheim (¿Cómo comprender el orden en una sociedad moderna, cada vez más individualista?), como también en la de Weber (la “jaula de hierro”) y en la de Marx (los determinantes históricos de la acción revolucionaria) y de autores como Toennies y Simmel, para los cuales el contraste entre individuo y sociedad fue un *leitmotiv* permanente de su reflexión sociológica.<sup>1</sup>

Durkheim, por ejemplo, en uno de sus textos menos conocidos (las “Lecciones de sociología”) afirma la tesis de que la mejor manera de fortalecer la autodeterminación individual es garantizar el cumplimiento de las normas sociales. En otras palabras, ser libre pasa necesariamente por acatar las reglas sociales. Éstas son factores *necesarios* en la afirmación de la autonomía individual, por una simple razón: porque las normas, por ser sociales, es decir, por tener su origen en la colectividad, son buenas. De allí nace en su obra la distinción reiterada entre individualismo y egoísmo. El primero de ellos alude a la afirmación del individuo a través del acatamiento de las normas

<sup>1</sup> Esa misma pregunta sigue presente en aportes más contemporáneos, sobre todo en autores cuya preocupación central ha sido la relación entre acción y estructura, entre lo individual y lo colectivo (Giddens, por ejemplo).

y su consecuente aceptación del orden social. El segundo es una conducta anómica a través de la cual el individuo intenta actuar sin un referente normativo, es decir, por fuera y en contra del orden social.

Este planteamiento tiene tanto de conservador como de revolucionario. De conservador, pues conduce a una noción de estabilidad del derecho y de las reglas sociales, antes que de cambio o de subversión normativa. De revolucionario, pues lo que hacen las normas es establecer pautas de conducta, orientadas a limitar los deseos y a respetar los derechos de los otros. Convivir (construir un orden social, en palabras de Durkheim) significa, por tanto, vivir con diferentes —él lo llama, desde un punto de vista estructural, la división del trabajo social— y construir con ellos acuerdos sociales (reglas de comportamiento y valores compartidos) como única vía de supervivencia.

### **Totalitarismo y caos**

Un segundo tema que el libro de Cante trabaja en profundidad es el de la relación (¿equilibrio?) entre la certidumbre total y la incertidumbre absoluta. A ese respecto cabe traer a cuento la tesis sobre la “anarquía” urbana desarrollada por Richard Sennett en su libro “Vida urbana e identidad personal”,<sup>2</sup> cercana al tratamiento que Cante da a este asunto en el texto.

El libro de Sennett trata sobre las ciudades norteamericanas de los años sesenta y setenta del siglo pasado, y sobre la planeación urbana y sus consecuencias en la vida colectiva. Él observó que los jóvenes de familias ricas, que vivían en los suburbios, llenos de comodidades y en ambientes opulentos, estaban retornando al centro de la ciudad para vivir en condiciones menos cómodas, pero, al parecer, más cercanas a su proyecto de vida. Tomando como referencia el análisis de Eric Eriksson en el campo de la psicología evolutiva, específicamente sobre las diferencias entre el adolescente y el adulto, Sennett construye una hipótesis —muy original y seductora— sobre lo que estaba ocurriendo en las ciudades norteamericanas en ese entonces. El adolescente, dice Sennett, construye un mundo ideal, perfecto, sin fisuras, lleno

<sup>2</sup> Sennett, Richard, *Vida urbana e identidad personal*, Barcelona, Península, 1978.

de certidumbres, en el cual se refugia para evitar enfrentar un mundo real que sobrepasa sus fuerzas debido a su inexperiencia vital. El adolescente es un ser con grandes potencialidades, pero sin un gramo de experiencia en la vida, lo que lo vuelve asustadizo, tímido, en su relación con los demás y lo invita a recluirse en un mundo ideal propio. El adulto, por el contrario, es aquel que, ante las vicisitudes de la realidad del día a día, en lugar de meter su cabeza bajo tierra, enfrenta el mundo real, sus conflictos, sus incoherencias, gracias a que la experiencia de los años se lo permite. Enfrenta, en otras palabras, la incertidumbre y a través de éxitos y fracasos “aprende” a vivir con los demás.

Para Sennett, las ciudades norteamericanas son culturalmente adolescentes. Los grupos sociales que la conforman han construido cada uno su propio hábitat (los *ghettos*) y temen enfrentar la diversidad social y cultural de su entorno. Son ciudades aburridas para esos jóvenes que rechazan la rutina y pretenden romperla y rebelarse contra una vida que para ellos está totalmente predeterminada por la herencia que reciben de sus mayores. Ya todo está dicho y hecho. No hay lugar para la innovación, para la curiosidad, para el interés. La certidumbre total impera. Por eso su deseo de abandonar los *ghettos* y vivir en el centro de la ciudad, donde la diversidad de grupos y de tramas sociales genera un aliciente para vivir de otro modo, más acorde con lo que es la esencia de la ciudad como espacio público.

La planeación urbana es responsable en buena parte de ese comportamiento totalitario, pues los urbanistas han querido imponer un modelo único para la ciudad, a pesar de que ésta, por definición, es un colectivo diverso, rico en diferencias y, por tanto, impredecible en su evolución. Los planificadores, como los psiquiatras y los militantes maoiistas –ejemplos traídos a cuento por el propio Sennett– pretenden imponer un discurso único y han hecho que los urbanitas lleven una vida adolescente, ajenos a lo que es la esencia de la ciudad (la diversidad, la diferencia, la incertidumbre parcial, la complejidad). Las ciudades planificadas no despiertan la curiosidad, la creatividad. Terminan minando la libertad individual.

Por eso, lo que propone el sociólogo norteamericano es otro tipo de ciudad, donde todos reconozcan y acepten el caleidoscopio social y cultural que las caracteriza, donde la curiosidad y la contingencia sean el pan de cada día y la interacción con el otro diferente sea la base de construcción del colectivo: “Estas nuevas ciudades anárquicas –concluye Sennett– prometen ofrecer una válvula de escape para aquello que los hombres tienen miedo de mostrar directamente. Haciéndolo, la estructura de la comunidad urbana adoptará una clase de estabilidad, un molde de expresión reinante, que será reconfortante para los hombres porque les brindará válvulas de escape expresivas. La anarquía en las ciudades, que impulsa a los hombres a decir lo que piensan unos de otros con el fin de forjar algunas pautas de mutua compatibilidad, no es por tanto una solución de compromiso entre el orden y la violencia; es una forma de vida enteramente distinta, que significa que los individuos dejarán de estar atrapados entre estas dos polaridades” La conclusión es muy cercana a lo que propone Cante: “Es en la zona difusa y ambigua entre el orden y el desorden donde es posible hallar un terreno fértil para las libertades”.

La idea de un orden contingente es esencial porque deja el terreno abierto a la construcción de futuros, incluidos aquellos que pueden controvertir el orden existente. Es, a la vez, la idea de la libertad como acción agonística, como competencia, como conflicto latente, como dialéctica, como negociación: “ganar implica perder algo”.

### **Oportunidades factibles**

En el libro de Cante ocupa un lugar de primer orden la noción de oportunidades factibles. Es un concepto puente entre lo individual y lo colectivo, pues refiere la libertad a un entorno en el que, según el autor, existen restricciones materiales y legales. Es el mundo de las normas, para recordar una vez más a Durkheim, y de las relaciones de producción, en el lenguaje de Marx.

Habría que añadir: restricciones culturales, así el derecho sea parte de la cultura; es lo que Jon Elster, en su modelo de acción racional, llama las creencias. En efecto, la acción colectiva se desenvuelve de

manera permanente en un entorno cultural, que puede ser leído como conjunto de proyectos axiológicos que se disputan la hegemonía de sentido en cualquier sociedad. Hay herencias culturales dominantes y otras subordinadas que convierten a la cultura en un campo de disputa discursivo en torno a los sentidos de la acción humana. Este elemento está permanentemente insinuado en el libro de Cante, pero no tan desarrollado como los otros dos (el material y el legal).

Las oportunidades factibles plantean el complejo tema de la relación entre los intereses individuales y el bien común o, en términos más generales, la relación –de nuevo– entre individuo y sociedad. El concepto de libertad real propuesto por Cante y sus cinco atributos representan un indudable aporte a la reflexión sobre el tema. Tales atributos (libre albedrío, agonismo, metapreferencias, poder para decidir y libertades cívicas) ponen de presente dos elementos esenciales para comprender la cuestión de las libertades y la acción colectiva: de un lado, el papel protagónico de la cultura; de otro, la importancia de lo colectivo como pre-requisito para la afirmación de la libertad individual, fundada en la naturaleza del ser humano como ser social.

En otras palabras, hay componentes de la acción de las personas que trascienden los intereses y las pasiones individuales, que las moldean y les otorgan sentido. Éste es un asunto clave para comprender temas como la participación ciudadana en los asuntos públicos, terreno en el que las motivaciones egoístas tratan de imponerse sobre el interés colectivo, convirtiendo los escenarios de participación en arenas de antagonismos y de lucha a muerte entre los intereses particulares, así los individuos construyan y expresen un discurso basado en motivaciones altruistas. Esta tensión entre motivaciones egoístas y altruistas constituye uno de los rasgos más notorios de los procesos colectivos, imprimiéndoles una dinámica *per se* impredecible, pero a la vez creativa y generadora de nuevos escenarios de interacción humana.

## **Mercado y cohesión social**

El análisis que desarrolla Cante sobre el individualismo posesivo y el individualismo desarrollista destaca un elemento crucial para entender el ideario neoliberal, en particular la imagen del mercado como

fuerza y principio de cohesión social. El neoliberalismo, en efecto, es más que Estado mínimo (Nozick) o que hegemonía de las reglas de la oferta y la demanda. Es, sobre todo, una pauta de existencia colectiva, una forma de ver la sociedad y sus complejas relaciones con el Estado y el mercado. Esa pauta de existencia colectiva se define a partir de tres componentes: primero, el Estado bueno, es decir, aquél que no interfiere en el fuero individual y crea el marco abstracto e impersonal para la estructuración del orden social (la mano invisible).

Segundo, la sociedad buena, es decir, aquella que autogestiona sus necesidades por la vía del mercado, sin la necesidad de intermediación política ni —mucho menos— de compromiso alguno con lo público. Tercero, el mercado como agente óptimo en la asignación de recursos y como escenario ideal para la auto-satisfacción de las necesidades individuales y colectivas.

Es el imperio del mercado. El mercado manda; el mercado integra; es fuente de cohesión social. Tal es el paradigma que nos ha sido impuesto en el último cuarto de siglo y que ha permeado fuertemente el imaginario social. Dicho paradigma contrasta con otro que intenta salvaguardar la libertad de elección, ubicándola en un contexto de justicia, que supone la acción del Estado para asegurar la igualdad de oportunidades para todos, sin excepción. Es la batalla por la inclusión social lo que está realmente en juego, entendida como el proceso mediante el cual las personas pueden ejercer su libertad de elección de manera autónoma, digna y justa, pueden asegurar un ejercicio pleno de sus derechos.

Dagnino, Olvera y Panfichi, en su libro sobre la construcción democrática en América Latina,<sup>3</sup> analizan estos paradigmas en términos de proyectos políticos que circulan en el seno de la sociedad civil y del Estado. Ellos proponen la hipótesis de que en América Latina tres proyectos políticos se disputan la hegemonía en el proceso de construcción democrática: el autoritario, el neoliberal y el participativo.

---

<sup>3</sup> Dagnino, Evelina, Alberto J. Olvera y Aldo Panfichi (editores), *La disputa por la construcción democrática en América latina*, México: F.C.E. – Universidad Veracruzana y Ciesas, 2006.

Sin entrar a discutir si son esos tres o si existen otras lógicas políticas, lo interesante del planteamiento es que existen caminos diferentes para el logro de la inclusión y la integración social y que el dominio de una de ellas pasa por una disputa discursiva y, por tanto, política. La idea del mercado como fuente de cohesión sigue dominando el panorama cultural y político en América Latina, pero ello no significa que sea la única posible. Otros caminos se abren y pueden convertirse en el futuro en discursos dominantes.

### **Una nota final**

El libro examinado en este breve comentario contiene otros temas que ameritarían un análisis juicioso. Por ejemplo, la confianza como base de la cooperación; la distinción entre bienes públicos y recursos comunes; las macro y las micro-condiciones para la acción colectiva; la afirmación de que lo personal es político. El tratamiento riguroso que lleva a cabo Cante de cada uno de ellos deja por lo menos una pregunta sobre la cual valdría la pena comenzar a sugerir respuestas. Es la pregunta por la construcción de los actores colectivos.

El libro examina los supuestos filosóficos y los mecanismos psicológicos que operan en la relación entre libertad individual y acción colectiva. Habría que analizar si en la cooperación es posible hablar, o no, de actores colectivos, de manera que la reflexión no se restrinja a las lógicas individuales de cooperación, motivadas por consideraciones egoístas o altruistas, y avance hacia un razonamiento sobre la configuración, en los procesos de acción colectiva, de un “nosotros” que exprese identidades colectivas, que sea a la vez condición y consecuencia de la cooperación. Ideas como las de capital social, muy controvertidas en el lenguaje actual de las ciencias sociales, han puesto de presente que los mecanismos de cooperación no pueden afincarse solamente con base en racionalidades individuales, sino que requieren –y producen– un “plus” identitario, sin el cual la acción colectiva podría fracasar. Una reflexión de ese tenor ayudaría en la comprensión del tema central que ocupa a Cante en su libro.

Por último, cabe señalar una frase del autor en la introducción del libro, que le da sentido a su argumentación: “Tan sólo espero –dice

Cante— que las páginas que siguen ayuden a brindar algunas luces a quienes se dedican más intensamente a los asuntos prácticos y políticos de la vida”. Cante lo ha logrado, en mi opinión. Reza el refrán que no hay mejor instrumento práctico que una buena teoría. La reflexión contenida en este texto tiene un alto sentido político. Sería muy distinta su lectura si este supuesto no está en la cabeza del lector. Éste es un libro teórico de evidente alcance político: varios de los argumentos esbozados convergen en una reflexión implícita sobre la democracia y no dudo en sospechar que detrás de bambalinas hay una preocupación del autor por comprender algunas de las raíces y de los principios ocultos de lo que deberíamos entender hoy por una democracia adaptada a los nuevos tiempos. Es un argumento más para resaltar el gran valor del libro de Cante.

